

Reocupación Contemporánea de la Comarca Limeña: Una Propuesta Académica de Intervención Científica en Sitios Patrimoniales. El Caso de la Ciudad Prehispánica de Cajamarquilla

Contemporary reoccupation of the Lima region - an academic proposal for scientific intervention on heritage sites: the case for the pre-Hispanic city of Cajamarquilla

Daniel Flores¹

¹Arquitectura y Urbanismo, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima-Perú

Recibido : 14/08/2017 Aceptado: 25/10/2017

RESUMEN

El presente texto es una aproximación hacia una propuesta de intervención para sitios arqueológicos en la ciudad de Lima, aplicada al sitio de Cajamarquilla, ubicado en la actual jurisdicción política de Lurigancho, al este de Lima. La propuesta busca integrar este complejo arqueológico a la ciudad metropolitana contemporánea a través del estudio de su historia y la comprensión territorial de su asentamiento, así como de las lógicas urbanas que se han construido alrededor durante las últimas décadas, y que han conformado un tejido social subyacente a las transformaciones físicas del sitio y su entorno.

El artículo consta de dos momentos: una primera parte aborda la discusión académica y teórica existente en torno a la ocupación e intervención de sitios patrimoniales, cuestionando así la forma excesivamente conservadora con la que se tratan los sitios prehispánicos, y encontrando en la reocupación de la preexistencia una clave para un tratamiento más adecuado, dependiendo de la escala del lugar y su impacto en la ciudad. La elaboración de la propuesta específica, en la segunda parte, está basada en los resultados teóricos hallados: conceptos de conservación de la memoria, del valor de la ruina, reocupación espacial, resignificación cultural y criterios internacionales de preservación del patrimonio edificado, se conjugaron de manera holística, abordando el sitio desde todas sus perspectivas, en los aspectos materiales e inmateriales, para un resultado coherente e integral, que beneficie a todos los actores involucrados.

Palabras clave: Cajamarquilla, puesta en valor, reocupación, patrimonio, preexistencia, urbanismo prehispánico, intervención urbana

ABSTRACT

The present article is an attempt to propose a mode of intervention for archaeological sites in the city of Lima, as applied to the site of Cajamarquilla (Lurigancho, east of Lima). The proposal seeks to integrate the archaeological complex into the contemporary metropolitan city. This will be done by studying its history and the territorial understanding of its settlement, as well as the patterns of what has been built around it during the last decades and has created the social fabric underlying the physical transformations of the site and its surroundings.

This work is divided into two areas: the first part deals with the ongoing theoretical and academic discussion around the occupation and intervention of heritage sites, putting into question the overly conservative way in which pre-Hispanic sites are treated, and finding that reoccupation of the pre-existent might be the key to a more appropriate treatment, depending on the scale of the place and its impact on the city. The elaboration of a specific proposal, in the second part, has been based on the theoretical results obtained: the concepts of preservation of the memory, of the value of a ruin, of spatial reoccupation, of cultural resignification, and internationally accepted criteria for the preservation of the heritage building, have all been combined in a holistic way. The site is approached considering all perspectives, in the material and immaterial sense, to obtain a coherent and integral result benefitting all the actors involved.

Keywords: Cajamarquilla, development, reoccupation, heritage, pre-existence, prehispanic urbanism, urban intervention

* Correspondencia:
E-mail: flores.daniel@pucep.pe

1. INTRODUCCIÓN

Los espacios no son estáticos, ni mantienen una misma población todo el tiempo (Caniggia y Maffei, 1979/1995, p. 22). Del mismo modo, tampoco han tenido una única “originalidad” en el pasado.

Toda ocupación humana en el territorio supone una transformación y adaptación de algo ya existente (De Gracia, 1992). Este proceso se da todo el tiempo, de modo que asistimos continuamente ante el fenómeno de la reocupación de la preexistencia.

Con este entendimiento teórico, cabe observar este proceso desde el contexto limeño: Lima es un territorio reocupado en el tiempo; desde sus primeros habitantes, constructores de milenarios templos y poseedores de una técnica agrícola que pudo convertir los inhóspitos parajes del torrente fluvial del cono de deyección del Rímac, pasando por la ocupación española, que reutilizando estos espacios consolidó una economía agraria basada en una red de pueblos y haciendas; hasta llegar finalmente, a la reocupación del mismo territorio, una vez más, por migrantes de otras latitudes provincianas, que al igual como sus ancestros varios cientos de años atrás, reutilizaron esta misma red territorial para reinterpretarla en una nueva economía urbana, y construir así la nueva Lima metropolitana, cuyo proceso aún presenciamos.

En todo este transcurso, existen preexistencias que se reutilizan, se destruyen, se rehacen, se reemplazan: los espacios se resignifican con el tiempo y los cambios de sociedad. Entender esta dialéctica resultaría clave para analizar adecuadamente cualquier sitio arqueológico o histórico que ha quedado absorbido por la metrópoli, pues nos permitiría salir por un momento de la visión prescriptiva patrimonialista de las cosas, para comprender la complejidad real del fenómeno de la ciudad en el tiempo. Así se podrían plantear alternativas de intervención más concretas y efectivas: un ordenamiento urbano-territorial que consiga tanto preservar aquello que se considera valioso académicamente, como orientar de manera adecuada el desarrollo urbano de la ciudad, y con ello, apostar por un desarrollo sostenible, de cara a los nuevos desafíos por revalorar las identidades locales en la ciudad metropolitana de hoy.

2. PARTE 1: SOBRE LA REOCUPACIÓN CONTEMPORÁNEA EN LA COMARCA LIMEÑA

2.1. Lima, un territorio reocupado en el tiempo

Hablar sobre el crecimiento urbano de Lima y su emplazamiento progresivo en una construcción territorial preexistente, puede conllevar a juzgar de manera crítica el patrón de asentamiento de la nueva Lima, la que se contrapone al casco tradicional, tanto la que alude a las residencias aristocráticas, como a las barriadas populares que rodearon la ciudad pocas

décadas después. Se suele entonces cuestionar estas formas de ocupación en tanto afectan al territorio y sus preexistencias, entre las que destacan, como hitos, sus huacas. Los primeros, dentro de una ocupación formal, intentan reconfigurar nuevos trazados sobre construcciones preexistentes, eliminando huacas en su camino bajo una retórica de modernidad urbana. Los otros, también reconfiguran el territorio, esta vez, bajo la urgencia de tener un espacio donde habitar, en un proceso más lento y de transformaciones progresivas. En ese sentido, mientras la urbanización formal modifica deliberada y firmemente sus preexistencias, la ocupación informal lo hace en un tiempo más largo. Los cambios aquí no son bruscos, sino paulatinos en la medida en que sus nuevos habitantes vayan formalizando su ocupación. En ese sentido, a diferencia del primer caso, en que las huacas son borradas del mapa bajo decisiones mercantiles y estéticas, en este otro, estas son transformadas en la medida en que las necesidades de la urbe así lo requieran. Surge entonces, a manera de exploración, la pregunta ¿Quién invadió Lima?, que pretende mirar más allá de los prejuicios establecidos acerca de invasores e invadidos, formales e informales, tan preconizados a lo largo del siglo XX.

En *El Neoperuano*, Gabriel Ramón (2014) nos aproxima al periodo inicial de esta controversia: los inicios del siglo XX, fecha en que la vieja Lima comienza un proceso de expansión urbana hacia el sur. En el capítulo “Expansión urbana y apropiación simbólica”, el autor nos acerca a la génesis de la apropiación del valor que poseían las huacas. Esta apropiación, sin embargo, estaba limitada a un grupo reducido de académicos exploradores, quienes hacen públicas sus aventuras en revistas de la época, como “Variedades”, llamando la atención del público sobre el valor simbólico de reliquia nacional que estas poseían. Asimismo, mientras este proceso de revaloración se gestaba hasta convertirse en el *Neoperuano*, la ciudad iba creciendo y aproximándose a estas huacas, antes alejadas. Además, es en este periodo en que comienzan las migraciones del interior del país y se manifiesta la necesidad de vivienda en la ocupación tugurizada de predios de la vieja Lima y en las primeras “invasiones”. En este capítulo, Ramón refiere, en ese sentido, como forma alternativa de apropiación, la versión popular de la nueva Lima, representada en dos ejemplos: El de la invasión de Armatambo por parte de yanacunas de la hacienda Villa, y lo que él llama la casa/huaca de Maranga, habitada por una señora y su perro. Esta vivienda estaba adaptada entre muros con decoraciones prehispánicas originales y poseía un comedor, cocina y dormitorio (Ramón, 2014, pp. 39-54). Sin embargo, esto que Ramón llama “ocupación popular de sitios precoloniales”, es en realidad una reocupación precontemporánea de edificaciones preexistentes.

Tanto los ocupantes de casonas como los ocupantes de huacas, en este periodo, están

reocupando edificios hechos por sociedades del pasado. Quizás los últimos más arruinados que los primeros, pero se trata de edificios reutilizables al fin y al cabo. La señora de Maranga no habita un sitio solamente, ha construido su lugar reutilizando estructuras del pasado precolombino. No está borrando la memoria, la está adaptando a su tiempo. Está convirtiendo en “lugar” lo que había dejado de serlo al volverse “espacio” inhabitado.

Por otro lado, en el capítulo “La estela del Neoperuano”, del mismo libro, el autor nos muestra con mayor detalle la otra cara del crecimiento urbano: el de la ciudad formal en la nueva Lima. Aquí, las huacas tuvieron dos opciones: o eran aplanadas para ser urbanizadas (como Orrantia, San Isidro o la huaca de la escuela de agricultura), o si corrían mejor suerte, luego de largas luchas por su permanencia, eran aisladas y sitiadas por la urbe moderna, como ocurrió con Pan de Azúcar (Huallamarca). Lo paradójico resulta cuando, paralelamente a la masiva destrucción de huacas en Lima, se propagaba la revaloración de lo nacional mediante sus elementos simbólicos. Muestra de ello eran las falsas huacas escenográficas, como la del parque de la Exposición, y posteriormente la del parque de la Reserva. Resulta importante mencionar en este punto, un proyecto de 1940 que sugería la construcción de una residencia neocolonial sobre la cima de una huaca, y que Ramón propone sería una demostración de cómo en la nueva Lima formal, las huacas no eran patrimonio conservable (como en la informal), sino propiedad privada que podía ser reedificada (Ramón, 2014, pp. 95-106).

Sin embargo, Ramón no considera que la idea de emplazarse sobre una huaca es en realidad muy antigua, pues viene desde la colonia, y antes que representar la libre decisión sobre una huaca en la nueva Lima formal, es una expresión de reocupación con matices pintoresquistas, aplicada en muchas casas hacienda en el valle de Lima desde hacía algunos siglos, y que buscaba una intención de dominio cultural, territorial y administrativo en principio, que posteriormente pudo ser adaptada ya en el siglo XX a los suburbios jardín bajo la influencia del eclecticismo poliestilista (Caldas, 2012). En ese sentido, y utilizando su mismo discurso, este proyecto podría ser la aplicación del Neoperuano, en su versión pintoresca, desde el rescate de este simbolismo sincrético de reocupación.

Por su parte, en *Lives Together- Worlds Apart: Quechua colonization in jungle and city*, Sarah Lund Skar (1994) nos habla, desde una mirada antropológica, acerca de la reocupación de Armatambo, apenas mencionado por Ramón. Esta mirada aborda un fenómeno reocupativo ya contemporáneo, ligado con las oleadas migratorias modernas. Se sitúa en un periodo de legitimación de asentamientos informales por parte del Estado, reforzado durante el gobierno militar de Velasco en la década de 1970. En este relato,

se narran los hechos desde la perspectiva de una joven pareja andina migrante en busca de un lugar donde habitar, quienes deciden participar de la invasión, pero que solo consiguen obtener un espacio en el “montículo”, que era un botadero de basura montado sobre estructuras prehispánicas: el lugar que nadie quería. La narración ahonda en detalles sobre jerarquía de asentamiento y procesos de legitimación estatal, desde la mirada foránea de la autora, lo que le brinda una expresividad interesante en cuanto menciona aspectos que podrían parecer evidentes. Parte importante de sus conclusiones tienen que ver con esta relación huaca/botadero, y cómo esta es apropiada por los nuevos ocupantes, quienes intentan legitimar su estancia a partir de estas ruinas, como testigo de una ocupación anterior, similar a las de sus ancestros: los gentiles (Skar, 1994, pp. 179-194). La autora no menciona, a diferencia de Ramón, la anterior reocupación del sitio, ocurrida décadas antes, en los años de 1920, ni qué relación hubo entre ambas ocupaciones. Por su parte, Ramón menciona que en 1941 estos reocupantes de Armatambo fueron desalojados por el Estado, pero retornaron en 1943, lo que demuestra una incoherencia entre el discurso proteccionista y la práctica de desamparo.

Para finalizar la controversia sobre qué rol cumplieron los ocupantes de la nueva Lima informal, es preciso citar a Gunther y Mitrani (2013), quienes en el capítulo “Los Constructores de Templos”, en *Memorias de Lima*, narran la historia de la ocupación de Lima, desde los primeros pobladores hasta la llegada de los españoles. Este entendimiento es fundamental para comprender quiénes construyeron las huacas y en qué contextos fueron ocupadas: El territorio limeño comienza a ser habitado por sociedades de pescadores y recolectores hace 14,000 años. Se logra así consolidar una civilización importante para el 1900 a.C. Sin embargo, estas sociedades habrían colapsado hacia el 800 a. C., dejando como testimonios grandes templos en U, como La Florida, Garagay o El Paraíso, y una incipiente red de caminos que articulaban el territorio (Gunther y Mitrani, 2013, p. 8). Tiempo después, llegan los Chavín, quienes reocupan el territorio. Posteriormente, se sabe que surge una nueva civilización, denominada Lima o Maranga, hacia el año 600 a.C., reocupando el valle a partir de un antiguo templo en U y ampliando las fronteras agrícolas mediante la construcción de canales. Esta tecnología es continuada por los Wari, quienes vuelven a reocupar el territorio y sus edificaciones, ampliando aún más la frontera agrícola mediante la construcción de canales a mayor altura y con mejor tecnología. Sin embargo, esta civilización tampoco fue eterna y cayó. El espacio fue reocupado por los Ychma, que estuvieron conformados por etnias andinas que llegaron a este territorio en busca de un mejor futuro, consolidándose en señoríos con el tiempo. Estos a su vez, fueron en parte, amenazados por una ocupación Chimú y decaen.

Finalmente, son los Incas quienes cierran el ciclo prehispánico de reocupaciones sucesivas (Gunther y Mitrani, 2013, pp. 8-31), para dar inicio a una nueva reocupación de mayor escala: la española.



Figura 1. Reocupación de Armatambo. Comparación de vistas aéreas: 1944 y 2012. Fuente: <http://es.slideshare.net/julianalucero14/ciudad-territoriarqueologia-canziani>

Analizando el texto de Gunther, resulta evidente que la historia del territorio limeño ha estado marcada por la reocupación sucesiva de sociedades que se han ido implantando una encima de la anterior, y en esa operación, fueron sumando elementos a construcciones preexistentes, al mismo tiempo que restaban otros de las que no obtenían beneficio. En esa mecánica, muchos edificios, desde los ancestrales templos en U hasta los adoratorios de vanos trapezoidales de factura inca, fueron transformados y reciclados de acuerdo a las nuevas necesidades. Asimismo, muchas de las sociedades que “invadieron” las preexistencias, provenían de tierras lejanas, mayormente de los Andes (Skar, 1994, pp. 179-180), proceso similar al ocurrido en la nueva Lima informal del siglo XX, mencionada por los otros autores.

Sin embargo, Gunther menciona de manera relativamente peyorativa que “las magníficas huacas (...) están actualmente mutiladas o han sido invadidas y usadas como vertederos de basura” (Gunther y Mitrani, 2013, p. 27), sin mencionar que este fenómeno contemporáneo es análogo a los muchos que menciona al historiar el territorio limeño. Esto ejemplifica, en cierto modo, la respuesta dominante sobre la ocupación informal en la nueva Lima respecto de la pregunta inicial: son los invasores serranos quienes invaden la Lima formal y destruyen su patrimonio arqueológico (vinculado a la idea de Ramón sobre la protección de las huacas como antiguo discurso estatal hacia las ocupaciones populares). Sin embargo, quizás sea momento de comenzar a ver el fenómeno no como un hecho aislado, sino como parte de un ciclo de reocupaciones sucesivas que sigue vigente en nuestra sociedad contemporánea desde hace 14,000 años.

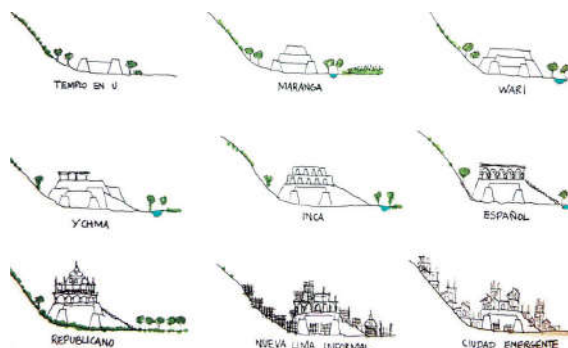


Figura 2. Esquema de reocupaciones sobre un mismo espacio a través del tiempo. Fuente: Elaboración Propia



Figura 3. Reocupación contemporánea de huaca. Uso de muro prehispánico como parte de vivienda. Fuente: <http://salvemoshuacas.pe/blog/tag/salvemoshuacas/>

2.2 Nuevas ocupaciones, nuevos recuerdos: la resignificación de las huacas y del territorio limeño

Cuando hablamos de ocupación informal contemporánea de sitios arqueológicos en la metrópolis de Lima, nos estamos refiriendo en realidad, a la reocupación de espacios prehispánicos por sociedades contemporáneas. Sin embargo, las reocupaciones pueden presentar variaciones tipológicas: desde aquellas en que se desaparece las estructuras superficiales del sitio para emplazar nuevas estructuras con nuevos trazados, hasta aquellas que reocupan ambientes, o los recrean a partir de trazos preexistentes. En este sentido, las intervenciones espontáneas guardan cierta relación con la preexistencia. Las estructuras físicas contemporáneas interactúan con las preexistentes, en un reacomodo de carácter utilitario (Caniggia y Maffei, 1979/1995, p. 31). Sin embargo, para un entendimiento mayor del fenómeno, es necesario explorar en paralelo, la interrelación inmaterial que subyace a la interrelación física, pues de esta surgen conceptos como memoria y patrimonio, indispensables para la comprensión del papel que juegan estos espacios en nuestra sociedad contemporánea. Cabe por ello preguntar, ¿Cuál es la relación entre las personas que hoy reocupan espacios y los vestigios de aquellas que los construyeron?

En *Urban landscape history: the sense of place and the politics of space*, Dolores Hayden (1997) nos aproxima al valor del lugar a partir no solo de la historia física, sino sobre todo, a partir de su historia social y de la fenomenología espacio-territorial que representa.

Para la autora, los paisajes culturales son obras cuyo valor radica en el trabajo humano que ha supuesto su fabricación. Para sustentar esto, esboza una respuesta a partir de cómo son construidos los espacios en las ciudades, a partir de las relaciones espaciales entre sus habitantes a lo largo del tiempo, de manera que los espacios que se van fabricando resultan ser la materialización de las necesidades sociales de cada tiempo. En este sentido, el valor de las ciudades radica no en sus máximas obras de arquitectura especial, sino más bien, en las miles de edificaciones de base, comunes entre sí y sin mayor trascendencia para la historia convencional (p. 34). Hayden rescata así el valor de lo cotidiano como representación real de la historia de los espacios y del territorio, a través de las personas en el tiempo.

Mención especial merece para la autora la segregación socioespacial del territorio, como manifestación de las relaciones personales en determinada época. Sin embargo, segregación y migración, como fenómenos íntimamente ligados en la evolución de las ciudades, han producido manifestaciones particulares de trasplante tipológico hacia las edificaciones. La autora hace mención de casos en que la memoria puede ser reinterpretada en un nuevo territorio a partir de identidades y experiencias ocurridas en los lugares originarios de los migrantes. Ejemplo de esto pueden ser las “casitas” que los portorriqueños han levantado en Nueva York, y que rememoran la tipología arquitectónica y decorativa propia de la memoria caribeña (p. 35). En cada ciudad, existen espacios cargados de un valor significativo, de memorias, experiencias, sucesos y recuerdos para sus habitantes, que les confiere la condición de “lugares”. Existe en cada una de estas expresiones una necesidad humana y social de apropiarse del territorio, y conferirle así un significado (p. 38).

Estas apreciaciones de Hayden, a pesar de estar orientadas a las ciudades estadounidenses, que han tenido procesos particulares de migración japonesa, italiana, china y latinoamericana, además de la tradicional convivencia con afrodescendientes, y de una marcada segregación socioespacial de carácter racial y étnico; resultan aplicables a la realidad limeña contemporánea. La metrópolis peruana, que ha sufrido un acelerado proceso migratorio de habitantes provenientes de todas partes del país, ha visto reconfiguradas sus estructuras sociales y físicas en pocas décadas (Skar, 1994, pp. 179-194). Como resultado de esto, la transformación del territorio ha incluido la resignificación de toda clase de preexistencia. La identidad limeña del pasado colonial y republicano no existe más. Debe dar paso a una nueva

identidad, cargada de muchas memorias ajenas. En este proceso de reconfiguración y reocupación del territorio, la segregación del espacio fue un factor clave en la construcción del nuevo paisaje cultural limeño (Ramón, 2014, p. 48). En términos generales, la ciudad formal rehace espacios, mientras que la informal los reocupa y resignifica. Como producto, hoy podemos hacer una evaluación del paisaje que se ha construido: miles de cajas de ladrillo coronadas de varillas de acero se desparraman como un manto sobre la heterogénea topografía. Nuestro manto urbano cubre toda preexistencia natural: valles, quebradas, llanuras, pendientes, ríos y montañas. Del mismo modo, lleva de encuentro toda preexistencia cultural: campos, canales, pueblos, haciendas y huacas.

En cada espacio físico que la nueva Lima informal ha tomado, se ha topado con una memoria preexistente, y es mediante el trabajo de sus hombres migrantes, que esta ha sido transformada, junto con las estructuras físicas, para adecuarse a las nuevas necesidades de la ocupación. Esta transformación de la memoria resulta siendo, sin embargo, la construcción de una nueva memoria a partir de experiencias nuevas y memorias diversas y de origen lejano (Hayden, 1997, p. 36). Las huacas guardaban, a la llegada de estos nuevos ocupantes, una memoria; que no era sin embargo, la memoria original de sus constructores, sino el producto de una resignificación sucesiva, ligada a la memoria agraria del paisaje cultural limeño cuando este era rural. En ese sentido, podemos decir que así como el territorio es reocupado en el tiempo, del mismo modo, sus lugares son resignificados en el tiempo. Todas estas transformaciones en el territorio limeño son la materialización de las relaciones sociales y espaciales de sus ocupantes. Cuando los ocupantes cambiaron, el paisaje también lo tuvo que hacer.

En *Fabricating Heritage*, David Lowenthal (1998a) nos acerca al significado del patrimonio, y al valor que esto representa, en contraste con la veracidad o falsedad histórica que pueda traer consigo.

Para el autor, el patrimonio se nutre necesariamente de la mentira, y tiene por esa razón más éxito en el público que la historia. Mientras esta es común a todos, el patrimonio es propiedad individual o para un grupo específico (p. 8). En ese sentido, el patrimonio modifica sustancialmente la historia, ya sea para hacerla más agradable o menos dramática. El patrimonio resulta siendo la historia que debería ser.

Para Lowenthal, esta condición alterada de la realidad que presenta el patrimonio, es lo que lo hace valioso finalmente, y es gracias a la aceptación de aquellas mentiras que las personas pueden apropiarse de él y defenderlo, simplemente porque sienten que les pertenece legítimamente (p. 18).

Dadas estas condiciones, el autor menciona la fabricación del patrimonio como una herramienta recurrente para hacer creer a la gente que su pasado fue de una forma convincente, de modo que pueda

lograr efectos de apropiación y una memoria positiva en torno a ello (p. 11). Adicionalmente, Lowenthal sostiene que las mentiras que fabrican patrimonio también van formándose con el tiempo. Para esto, hace una comparación entre el patrimonio y la autobiografía. Al final, es el paso del tiempo lo que legitima la veracidad de las afirmaciones que se vayan haciendo, hasta llegar al punto de una “verdad” incuestionable (p. 16).

Lowenthal (1998a) hace hincapié en la necesidad de la apropiación del patrimonio para su valoración, argumentando que si uno no tiene poder real sobre su patrimonio, simplemente no lo es para uno (p. 18). Por esa misma razón, el patrimonio le pertenece a la gente que lo ha heredado, y es ella la que debe decidir su destino finalmente. El autor concluye sosteniendo que el pasado, como fuerza viva, es siempre rehecho, y por lo tanto, el patrimonio no puede ser guardado, sino que es importante revitalizarlo para mantenerlo vigente, y una forma de hacerlo es añadiendo y fabricando (p. 19).

En ese sentido, y volviendo al caso limeño, el territorio cargado de preexistencias, al ser reocupado, representa desde el punto de vista inmaterial, una construcción ajena para la nueva sociedad, no le pertenece en principio, y por lo tanto, parafraseando a Lowenthal, no viene a ser su patrimonio. Lo que ocurre después es, por lo tanto, una resignificación de las preexistencias; y es con las nuevas experiencias y memorias que estas pueden ser apropiadas por la población entrante, y convertidas así en su patrimonio, o dejadas de lado y llevarlas a su eliminación y/o sustitución.

Sin embargo, una huaca como preexistencia apropiada, no tiene un discurso por sí misma, y a pesar de que pueda existir una historia oficial en torno a ella a partir de investigaciones científicas, esta no es automáticamente parte de la historia de la gente, pues lo más probable es que ellos no estén enterados siquiera de su historia oficial. Lo que ocurre con la nueva memoria, es la difusión de una serie de mitos, en los que, como en el caso del Mayflower que relata Lowenthal (1998a), todo el pasado se unifica en un solo monumento (p. 12). Es así como para muchos, la huaca resulta ser, tanto la casa donde vivía el Inca, como el lugar donde se hacían sacrificios humanos en tiempos de los “gentiles”. Estos mitos, que se van fabricando con la ocupación del lugar, lo pueden hacer más interesante y atractivo para sus nuevos ocupantes que la historia oficial producida a partir de excavaciones arqueológicas. Dentro del discurso de Lowenthal, parte de esta apropiación debería estar vinculada a la herencia misma, es decir, debe ser hecha por parte de los herederos del patrimonio. Sin embargo, en el caso limeño, los herederos no existen al momento de la ocupación, se han formado en las últimas décadas, y han tenido que recrear este patrimonio para sí mismos.

En ese sentido, y dado que es un proceso lento, podríamos estar hablando de herederos advenedizos, a

quienes recae la responsabilidad de decidir sobre el futuro de un monumento del cual no han hecho aún, necesariamente, un patrimonio. Bajo esas condiciones, el contexto bajo el cual surge la reocupación contemporánea de sitios prehispánicos en Lima, puede generar un futuro incierto para la “conservación” tradicional del patrimonio. Sin embargo, el añadir nuevos elementos y significados a una huaca, es decir, resignificándola, es una forma de conservar el lugar como patrimonio vivo. La visión tradicional de conservación suele optar por la muerte de los espacios. Las huacas reocupadas, en cambio, son entidades vivas, refabricadas y añadidas para su subsistencia en la metrópoli informal.

Finalmente, y en esa misma línea, para comprender cómo estos procesos de la ciudad informal y el patrimonio son aceptados o entendidos por sus actores, es importante reseñar nuevamente a Lowenthal (1998b), quien nos presenta en *El pasado es un país extraño*, la explicación de la nostalgia: un mal que antaño solía ser casi una enfermedad real y que hoy es tomado naturalmente como la añoranza de un pasado muchas veces ni siquiera vivido. La nostalgia, según Lowenthal, nos hace creer que todo tiempo pasado fue mejor que el presente, al punto de llegar a tener una verdadera falta de fe y desesperanza en el futuro (p. 40). La mitificación del pasado pasa entonces, a eliminar sus aspectos negativos sistemáticamente de la memoria, para presentarlos como una verdadera edad dorada.

Esta veneración hacia el pasado, según el autor, ha hecho que durante los últimos tiempos se comercialice más los productos del pasado como si tuviesen un valor agregado. En ese sentido, cada vez son más rentables las antigüedades o los edificios históricos, llevando a la necesidad de tener que fabricarlos incluso (p. 31). Del mismo modo, ha surgido una fascinación con la posibilidad de regresar en el tiempo, dejando abierta al campo de la ciencia ficción, la exploración de los beneficios y frustraciones que esto podría traer consigo.

Lowenthal (1998b) concluye señalando que, a pesar de lo patético e irracional que puede llegar a ser la nostalgia, es peor la indiferencia ante el pasado que sentir añoranza por él (p. 69).

En el caso del territorio limeño, reocupado y resignificado durante el siglo XX, la nostalgia parece jugar un papel subyacente dentro del proceso de resignificación, pues aparentemente prima la urgencia de reconfigurar el espacio, en la medida en que se trata de una reocupación por necesidad, mas no por una apreciación selectiva del lugar. Sin embargo, una vez consolidada la ocupación, es posible despertar, siempre que se asuma la preexistencia como patrimonio legítimamente heredado, un sentimiento de nostalgia en torno a él.

La nostalgia para los nuevos ocupantes, podría resultar, en cambio, un proceso aún mucho más amplio

y complejo. Su accionar es más cercano a la construcción del territorio y trasplante tipológico de la memoria que menciona Hayden (1997, p. 35). En un contexto de migrantes con memorias lejanas, la nostalgia propia viaja más en el espacio que en el tiempo, y es más cercana al concepto original del siglo XVII, en que las personas añoran y extrañan su lugar de origen.

La nostalgia ajena hacia tiempos no vividos raramente podría acercarse al periodo prehispánico sin una sensibilidad adicional, no común a todas las personas. Esta sensibilidad por el pasado quizás pueda ser un paso importante para la apropiación, y por lo tanto para la consideración de vestigios pasados como patrimonio por parte de poblaciones reocupantes. De hecho, en el contexto contemporáneo, a varios años de la reocupación del territorio limeño, existen algunas personas que han logrado hacer de la huaca, para sí, un patrimonio. Si esto fuera realmente un fenómeno multitudinario entre los nuevos limeños, la realidad de las huacas sitiadas y reocupadas sería distinta.



Figura 4. La re-construcción del territorio a partir del trabajo de sus nuevos ocupantes. El manto urbano cubre toda preexistencia natural y cultural: El caso de Armatambo. Foto: Evelyn Merino-Reyna

Como conclusión, existe una estrecha relación entre memoria, patrimonio y nostalgia, que hacen posible la toma de decisiones frente a una preexistencia. Lowenthal (1998a, 1998b) nos quiere decir que en nuestra época, es valorada la nostalgia hacia el patrimonio, entendiendo este como un elemento previamente apropiado a partir de una historia convincente. Parte de esta apropiación es posible, según Hayden (1997), a partir de la construcción de una memoria, y de la conversión de espacios en lugares con significado. Sin embargo, para que el sistema funcione, es indispensable la alianza de todos estos elementos.

Sin alguno de ellos, la preexistencia carece de sentido para sus “herederos”, y cuando ello ocurre, no debería sorprender su completa eliminación.



Figura 5. Esquema de escenarios reocupativos a partir de la memoria y la resignificación de espacios: Reocupación constructiva y destructiva. Fuente: Elaboración propia

En ese sentido, podemos hipotetizar sobre las edificaciones del pasado lo siguiente: una reocupación es constructiva cuando se añaden elementos, se resignifica su estructura física y se convierte en patrimonio; por el contrario, se trata de una reocupación destructiva cuando se le restan elementos, se ningunea su valor y finalmente se destruye y se reemplaza.

2.3 Reocupaciones, resignificaciones y reconfiguraciones: El poder de las intervenciones para el ordenamiento del patrimonio

Anteriormente, se ha comentado acerca de la manera de aproximación que los peruanos han tenido sobre las preexistencias culturales en el territorio limeño. Esto ha introducido los conceptos de reocupación y resignificación para explicar la toma de posición, la valoración y el accionar que los nuevos ocupantes logran formularse para sí y para su medio. En ese sentido, queda determinada la intervención más básica y hasta natural que el sitio consigue a partir de las propias dinámicas que se gestan en su entorno. Como resultado, los sitios quedan reconfigurados, es decir, se establece una nueva forma física como resultado de la materialización de la ideología de sus nuevos ocupantes. Esta reconfiguración, sin embargo, puede resultar exaltando algunos valores, como eliminándolos por completo. En ese sentido, vale la pena preguntarse ¿Son acaso todas las reconfiguraciones producto de resignificaciones válidas? O será que las reconfiguraciones producto de una resignificación destructiva son negativas y perjudiciales, y en ese caso, ¿A quién perjudica una reconfiguración que devino en la destrucción del sitio? Para acercarnos a algunas respuestas, es importante introducir la noción de intervención, que se traduce en el ordenamiento físico, pensado externamente y que se puede aplicar a un sitio reconfigurado para volver a configurarlo de modo que adquiera otros fines, más beneficiosos o menos destructivos que los que venía teniendo originalmente.

En *The Past as a Theme Park*, David Lowenthal (2002) nos advierte acerca de la disneyficación del pasado como intervención sobre el patrimonio edificado. Para este autor, sitios como Disneylandia buscan cautivar a sus visitantes a través de la recreación de un pasado que jamás existió. Validan la satisfacción del público a partir de su desconocimiento de la historia real. Se aprovechan además, de la vaguedad de los referentes a los que hacen alusión. Con esto, todo el pasado se unifica en una idea de lo que fue y se enfatizan prejuicios populares sobre sitios y culturas. El pasado como debió haber sido, mas no como realmente fue, tiene el poder de cautivar más a los visitantes que un sitio histórico real preservado inocentemente (p. 18).

Hay una idea del orden, como contraposición a la ruina, que representa el desorden, y eso favorece la preferencia hacia sitios recreados. Sin embargo, existe también una falta de libertad para el usuario. Todo es tan artificial que incluso la experiencia puede tornarse en un guión (pp. 18-19). En ese sentido, Lowenthal (2002) advierte la secuencia consumista a la que los parques temáticos apuntan: “Primero mira la película, luego lee el libro, luego visita el fantástico sitio, luego cena en el restaurante temático y duerme en la cama de estilo antiguo en el hospedaje temático” (p. 13). Esta artificialización de la cultura puede conllevar a extremos en que aparecen personajes locales caricaturizados que, como Mickey Mouse en Disneylandia, escenifican los sitios para otorgarles mayor vivencialidad. Lowenthal menciona que esto puede ser llamado “prostitución cultural”, en la medida en que el pasado se convierte en una ficción comercializable turísticamente (p. 13).

Otro ejemplo de domesticación del pasado, son los sitios conmemorativos, que al igual que los parques temáticos, apelan a la manipulación de la historia con el fin de contar su versión de los hechos y sacralizar algo. Sin embargo, la falta de veracidad o el exceso de mentira no preocupa a nadie más que a unos cuantos especialistas en el tema. A la mayoría de gente parece no importarle cuan cierto es lo que están recepcionando, y es que como en el caso de Masada en Israel, desmoronar los mitos significaría desmoronar el espíritu nacional.

El pasado se convierte así en una cuestión de fe (Lowenthal, 2002, p. 18). La verdad histórica, como el paisaje salvaje, se vuelven secundarios, para ver, pero no para vivir en su real magnitud. Para ello se crean los parques con Olmsted, en donde se domestica y recrea la naturaleza. Esto sin embargo, parece haber quedado corto frente a los parques temáticos modernos (p. 23).

Esta visión de Lowenthal (2002) nos deja abierta la posibilidad de cuestionar la forma en que se interviene una preexistencia en general. Desde el paisaje natural hasta la construcción cultural. Las intervenciones que buscan recrear situaciones idílicas de como debió ser algo, terminan caricaturizando aquello que se quiere representar.

En ese sentido, si intervenimos en una huaca, intentando dejarla como debió lucir en sus supuestos mejores años, podríamos correr el riesgo de producir un resultado falso, que sin embargo, podría ser un éxito para sus visitantes. Esto nos debe conllevar a una reflexión más allá del monumento en sí, puesto que es también valioso el uso social que los vestigios del pasado pueden tener, no solo para las personas, sino para la validación de su propia existencia. Si falsificándolos obtenemos que se ganen el respeto e interés de las personas, entonces ¿habrá valido la pena recrearlos? Como ejemplo de este punto, podríamos mencionar el caso de Huallamarca, que con su recreación fantasiosa pudo ser valorada y con ello, salvada de la eliminación (Ramón, 2014, p. 103).

Es cierto que la disneyficación como mecanismo de recreación del paisaje cultural y natural resulta una banalización de los sitios históricos. Sin embargo, ¿realmente importa si es banal cuando los usuarios lo disfrutan y son felices con el engaño? Al respecto, Lowenthal (1998a) ya había sugerido en *Fabricating Heritage* que lo realmente valioso es la narrativa que se construya alrededor, y que es la que finalmente resignifica el lugar para las personas. La construcción de esa narrativa puede estar directamente ligada con la intervención.

Si esta es capaz de despertar el interés de los usuarios, y de hacerlos imaginar con una situación que les despierte sentimientos que les enriquezcan el espíritu, habrá valido la pena.

Por último, se podría decir que hay niveles de domesticación de una realidad recreada, desde aquellas en que se reconstruye una muestra de cómo pudo ser, hasta aquellas en que se rehace una completa escenografía con personajes incluidos. En todos los casos, lo evaluable son dos aspectos: la intervención física y la experiencia del usuario. Para una intervención exitosa y objetiva, no deberíamos solamente juzgar uno de los puntos, sino ambos, pues entre los dos garantizan el adecuado uso del espacio. Sin embargo, cuando está en juego un monumento que tiene un valor que va más allá de su uso actual, entramos en un dilema con su adecuado tratamiento según los estándares de preservación.

Al respecto, en *Principles of Conservation*, Michael Petzet (2004) nos busca acercar a los principios que deben regir las intervenciones sobre el patrimonio cultural edificado a partir de su significado holístico. Esto a través de la revisión de las Cartas internacionales, destacando la de Venecia como pionera en este campo de la regulación del patrimonio mundial. Según el autor, hay tres tipos de intervención básicamente: conservación, restauración y renovación, y es importante distinguirlos pues se suele tradicionalmente mezclar conceptos (p. 8). La conservación es la acción más básica y urgente que todos los sitios deberían tener, y consiste en la estabilización de lo que ha quedado tal cual, para evitar que siga degradándose. La restauración en cambio, ya implica tomar decisiones sobre el monumento, como el completamiento, la sustracción o el reemplazo de ciertas partes, con el objetivo de restablecerle al edificio las cualidades que ha perdido, y que podemos estar seguros le corresponden, a partir de estudios específicos.

Finalmente, la renovación implica medidas más extremas y deliberadas, como la adición de elementos ajenos a la naturaleza original (pp. 9-13). La postura del autor es que cualquiera de estas intervenciones se haga siempre con la exclusiva finalidad de preservar el monumento, y restringe su aplicación al tipo de construcción, teniendo en cuenta si se trata de ruinas o de edificios en uso (pp. 22-25). En ese sentido, se opone a la necesidad de renovar

edificaciones en ruinas, para preservar su esencia “pintoresca”. Asimismo, aprueba la restauración en casos exclusivamente necesarios, y sugiere la conservación de todo lo existente (p. 11).

Petzet (2004) también detalla de manera bastante sustentada las intervenciones puntuales en elementos arquitectónicos, y para ello explica situaciones de recolocación, completamiento y reemplazo por copias. En este aspecto, sostiene que cualquiera es válida dependiendo del caso, de la magnitud, y de que quede evidencia de la intervención efectuada, buscando enfatizar lo original como protagonista (p. 15).

Asimismo, el autor hace un repaso de los conceptos de reparación, mantenimiento, estabilización, rehabilitación, modernización, reconstrucción y reubicación. En todo momento, se debe evaluar caso por caso para determinar el si es recomendable o no realizar dichas intervenciones. El autor concluye sosteniendo que el principio de reversibilidad debe regir en cualquier caso el tipo de intervención (pp. 26-27).

Aplicar los principios de preservación a las huacas implica intervenirlas con la finalidad de detener su deterioro y posibilitar su mantenimiento en un estado determinado por la intervención. Sin embargo, el tipo de intervención debe ser decidido dependiendo del tipo de huaca, de la dimensión del sitio, y del papel que cumplen en el territorio. En otras palabras, conviene dejar de lado la uniformización imaginaria de “huaca” para cualquier sitio arqueológico, y comenzar a evaluar sus aspectos edilicios y urbanos. Así tendremos presente si se intervendrá una pirámide descontextualizada, un edificio público, un conjunto de viviendas, un barrio completo con equipamientos, o una ciudad entera. En ese sentido, Petzet (2004) cita algunas recomendaciones para contextos arqueológicos que las cartas internacionales han establecido, como la prohibición de reconstruir enteramente los sitios, o de eliminar etapas del edificio para preservar un único momento (p. 22). Sin embargo, todas las medidas parecen tener un carácter conservador, que valdría la pena enlazar con otros principios de las cartas, para incorporar la dimensión contextual de las huacas. En ese sentido, no será lo mismo aplicarle una exclusiva conservación preventiva a una edificación prehispánica pequeña, rodeada de modernas edificaciones, como Palomino, que hacer lo mismo con una ciudad entera como Cajamarquilla, por más que ambas sean ruinas de carácter arqueológico.

Por esa razón, se debería considerar cuando Petzet (2004) señala que los barrios históricos abandonados podrían ser devueltos al uso para asegurar algún tipo de preservación, así como cuando sostiene que una división rígida entre monumento arqueológico y arquitectónico no es saludable (p. 25). Un sitio arqueológico puede volverse nuevamente en un edificio histórico una vez que ha sido estudiado debidamente y limpiado de su estado de ruina (p. 22).

Estas consideraciones nos pueden ayudar para plantear intervenciones según las dimensiones y contexto del sitio lo requieran. En el caso de elementos arqueológicos pequeños aislados, rodeados por la ciudad moderna, a lo mejor conviene intervenir de modo que la huaca sea incorporada en la dinámica de la ciudad como un testimonio del pasado. Convertirla en un elemento atractivo del espacio público puede ser un lineamiento de intervención.

Cuando se trata de un conjunto de mayores proporciones, que incluye una o más pirámides monumentales, descontextualizadas de su entorno urbano original, ya sea por su destrucción en época republicana para ampliar la frontera agrícola, o en época contemporánea por una reocupación urbana destructiva; la conservación exclusiva ya no es una única herramienta adecuada, salvo que pretendamos la privatización del sitio, lo que significaría su revitalización artificial y por lo tanto su muerte. Una intervención que mantenga su carácter público debe tomar en cuenta otras alternativas que, en conjunto con la conservación, garanticen una adecuada puesta en uso social. Para ello, se podría restaurar determinados sectores, así como diseñar un circuito explicativo, que junto con los bordes podría ser trabajado como espacio público. Sin embargo, cuando tenemos una ciudad entera en ruinas, de una gran extensión; además de la conservación y la restauración, es necesario aplicar técnicas de renovación en determinados sectores. De esta manera garantizamos una puesta en valor con uso contemporáneo a la vez que, como en el caso anterior, se brindan recorridos entre elementos restaurados, y se trabaja los bordes como espacio público.

En conclusión, es importante intervenir los sitios arqueológicos que han sido sitiados por la ciudad contemporánea, pues de esa manera podemos planificar su futuro próximo, y evitar así determinados fenómenos que consideramos perjudiciales para su integridad y que conducen a su destrucción. Aun cuando muchas de estas acciones resultan de la práctica natural producto de la reocupación espontánea de estos vestigios, la eliminación de sitios históricos es sancionada por la comunidad académica, así como cualquier intervención que atente contra el sitio. Esta postura conservadora está regulada por las cartas internacionales, y son un buen referente para intervenir positivamente en ellos. Sin embargo, vale la pena considerar las intervenciones en huacas caso por caso, según el contexto urbano en el cual han quedado enmarcadas, para así devolverlas a las dinámicas contemporáneas según el rol que actualmente a cada una le corresponde.



Figura 6. Tres escalas de huacas. De izquierda a derecha: Palomino, Mateo Salado y Cajamarquilla. Fuentes: salvemoslashuacas.pe, www.andina.com.pe, www.limaeasy.com

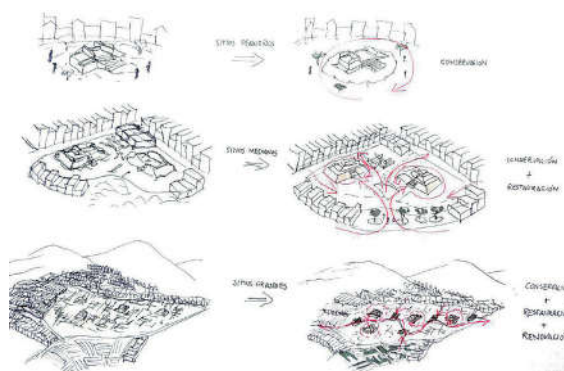


Figura 7. Esquema de intervenciones en sitios arqueológicos prehispánicos sitiados por la ciudad contemporánea. Fuente: Elaboración propia

3. PARTE 2: CASO DE APLICACIÓN: CAJAMARQUILLA, CIUDAD PREHISPÁNICA EN LA COMARCA LIMEÑA

3.1. Historia de reocupaciones del sitio arqueológico y su relación física con la ciudad contemporánea

La ciudad prehispánica de Cajamarquilla se asentó sobre una llanura aluvial, a 340 msnm y 24 km del litoral (Segura, 2001, p. 26), en el curso bajo y al margen derecho del río Huaycoloro, que según algunas investigaciones, habría tenido entonces un caudal mayor y permanente (Mogrovejo, 2000, p. 565). La sociedad que se asentó por primera vez en este territorio, consideró además que sería prudente ocupar la parte más cercana a los cerros, alejándose así del valle para explotarlo agrícolaemente, aprovechando la mayor cantidad posible de suelo fértil y evitando los peligros que significaba su ocupación residencial. Asimismo, pudo ser parte de una ruta por las quebradas hacia la chaupiyunga y las montañas de Canta por el norte, o incluso, cruzando el río Rímac rumbo al sur, hacia Manchay y Huarochirí o Pachacamac, dada su céntrica ubicación al medio del valle (Canziani, 2009, p. 391).

Este asentamiento tuvo sin embargo, dos etapas de ocupación muy diferenciadas, sucedidas por periodos de abandono. Desde tiempos prehispánicos fue el producto de una construcción social, y materia de reocupaciones, que conllevaron como producto físico, una ciudad que se componía de “construcciones

piramidales alrededor de las cuales se organizaban complejos arquitectónicos” (Canziani, 2009, p. 390). Fue así como a partir de una ocupación primigenia hacia fines del Intermedio Temprano (año 700 dC), se construye progresivamente la ciudad, que sin embargo, sería abandonada luego por un tiempo, hasta ser reocupada y engrandecida definitivamente hacia inicios del Intermedio tardío (año 1000 dC) (Segura, 2001, p. 28). De esta manera, la ciudad, durante su época de apogeo, se habría alimentado de las aguas provenientes del Rímac, pero también del curso del Huaycoloro, que entonces habría sido más abundante y estable, permitiendo así un abastecimiento sostenido para el consumo humano y la producción agrícola. Para ello se construyeron una serie de bocatomas y canales de irrigación, que han podido ser identificados y develados durante las excavaciones arqueológicas. (Segura, 2001, p. 27).

Usando las definiciones de la morfología procesual de Caniggia y Maffei (1995), se podría decir que la ciudad, como conjunto urbano producto de etapas, estuvo finalmente conformada por edificaciones de base, de carácter habitacional y productivo, y edificaciones especiales, de carácter simbólico, administrativo y religioso. Las viviendas, como conjunto de edificaciones de base, conforman complejos homogéneos compuestos de recintos, pasadizos de circulación y plazas cerradas. Las pirámides en cambio, como edificaciones especiales, se componen de rellenos constructivos que forman terrazas y plataformas elevadas, y destacan como hitos urbanos en el panorama de la ciudad.

Sin embargo, la ciudad habría caído en desgracia, posiblemente por fenómenos aluviónicos que habrían desestabilizado la infraestructura y la economía agraria. De este modo cuando en el siglo XVI los Incas se constituían en un imperio poderoso, la ciudad de Cajamarquilla ya se encontraba en ruinas hacía mucho tiempo, y quizás algunas de sus estructuras venían siendo reocupadas modestamente (Segura, 2001, p. 26).

Luego de la conquista española, estando esta ciudad ya abandonada, fue frecuentada por los viajeros y arrieros que comercializaban el hielo traído de las montañas nevadas de Huarochirí, motivo por el cual al lugar se le conocía como Rinconada de Nievería (Segura, 2001, p. 26). La relación con el entorno geográfico durante este periodo corresponde ya a una concepción territorial de mayor escala, puesto que mientras las sociedades prehispánicas se relacionaban con su territorio inmediato y recorridos ceremoniales, los españoles buscaron otra administración del espacio, que se ajustara a su cosmovisión occidental, generando de este modo una concepción sincrética del espacio.

Surgen así, las haciendas en el territorio, cuyo paisaje y relaciones rurales se mantienen casi intactas hasta muy entrado el siglo XX. Todos los cambios en el paisaje se dieron alrededor de la antigua ciudad de

Cajamarquilla, y para fines netamente agrícolas. La ciudad prehispánica fue usada como una gran pampa sobre la que se cruzaba para ascender a las montañas. Las haciendas que se establecieron como núcleos urbanos cercanos a las ruinas fueron Huachipa, Nievería y Pedreros, y permanecieron casi intactas en sus relaciones físicas espaciales hasta la expansión urbana de Lima, que habría llegado a este lugar recién en la década de 1990, pues la margen derecha del Rímac tardó 30 años en ser arrasada por el manto urbano de la Lima contemporánea respecto de la margen izquierda ubicada cruzando el río. Desde entonces, los terrenos agrícolas que se ubicaban alrededor de las ruinas de la ciudad, han venido cambiando su uso de suelo a industrial y urbano informal. La relación con la quebrada de Huaycoloro se ha visto obstruida por el emplazamiento de fábricas, que han surgido tras el trazado de la avenida Cajamarquilla como vía urbanizadora, que ha venido saturando de ocupaciones informales el territorio.



Figura 8. Organización del espacio en Cajamarquilla hacia 1944.
Fuente: SAN



Figura 9. Organización actual del espacio en la ruinosidad de Cajamarquilla. Fuente: Elaboración propia sobre foto de Google Earth

Del mismo modo, hacia el lado oeste y hacia el norte, sobre las 3 llanuras de las quebradas que ascienden por los cerros, se han asentado

informalmente numerosas poblaciones que habitan en precarias condiciones, pero que han logrado consolidar lentamente sus barrios en los últimos 20 años. Sin embargo, hacia el sur, aún quedan campos agrícolas, que son los testigos mejor conservados del paisaje original. Sin embargo, la apertura de nuevas vías y la consolidación de los barrios informales de los cerros, han hecho que en los últimos años, estas chacras se vayan urbanizando de a pocos, amenazando así su integridad paisajística con una posible conurbación total.

Cajamarquilla es entonces, un enclave urbano de tiempos precolombinos, perteneciente a una de las sociedades que en el pasado ocuparon el valle del Rímac, pero cuyos orígenes no están definidos por falta de investigaciones. Esta sociedad fue relacionada con el imperio Wari en algún momento, pero gracias a las excavaciones de Rafael Segura, hoy sabemos que eso no fue tan cierto (Canziani, 2009, p. 391). Esta sociedad habría, sin embargo, sido una de varias, que durante diferentes periodos ocuparon y reocuparon el valle (Gunther y Mitrani, 2012, pp. 7-31) De este modo, tenemos evidencias físicas de que otras ciudades emplazadas en el valle del Rímac habrían sido Maranga, Cinco Cerritos (Mateo Salado), Armatambo, Limatambo, entre otras quizás. Sin embargo, de todos estos conjuntos urbanos, los únicos que lograron sobrevivir el periodo colonial fueron Armatambo y Cajamarquilla. De los demás sitios se conservó las pirámides y palacios más monumentales, pues la arquitectura doméstica habría sido destruida para dar paso a la ampliación de la frontera agrícola de las haciendas coloniales. Sin embargo, Armatambo como conjunto urbano, no sobrevivió al siglo XX y la expansión invasiva de la Lima contemporánea la reocupó por completo, dejando solo un par de pirámides representativas.

El sitio de Cajamarquilla, al ser de evidente importancia arqueológica, ha sido declarado por el estado como zona protegida, de modo que se supone que está prohibida la ocupación de esos terrenos por parte de las poblaciones informales. Sin embargo, estos límites ya han sido trasgredidos por una invasión en el sector noreste. No existe barrera física entre el sitio y la trama urbana de la creciente ciudad, de modo que físicamente, es posible su invasión, como ya quedó demostrado.

De continuar esta dinámica de ocupación, Cajamarquilla podría correr la misma suerte que Armatambo, y ser invadida próximamente, sin que pueda ser despejada de sus nuevos ocupantes aun teniendo leyes que la busquen aislar de ellos.

3.2. *Huaca y Ciudad en el espacio y tiempo: valores, significado, memoria*

Teniendo en cuenta la evolución física de la ciudad precolombina de Cajamarquilla, podemos analizar su

evolución inmaterial en el tiempo. Dado que se trata de reocupaciones sucesivas desde tiempos pre incaicos, se puede sugerir que la primera significación del espacio surge con las primeras estructuras, fabricadas por la primera sociedad que dominó esta porción del valle. Luego de un tiempo de abandono, y aún en época prehispánica, la ciudad habría sido nuevamente ocupada. No se sabe si fue la misma sociedad u otra ajena, pero de igual manera, dado el tiempo de diferencia, los nuevos ocupantes tuvieron que resignificar las estructuras preexistentes, y darles el valor necesario para que la vida vuelva a surgir. Las excavaciones parecen afirmar que así sucedió, de modo que, al igual que en otros sitios prehispánicos, nuevas pirámides habrían sido reedificadas sobre las preexistentes, remodelándolas y devolviéndoles la vigencia perdida.

Lo mismo debió ocurrir con estructuras domésticas, cuando no fueron reemplazadas totalmente por otras más “modernas”. La resignificación habría pasado por el aspecto urbano físico. Esto se deja ver en el cambio de materialidad y sistemas constructivos. Del uso de *yapana* se pasa al tapial, los adobitos y hasta la quincha (Segura, 2001, p. 28).

Cuando esta sociedad, que había dotado a la ciudad de su máximo apogeo, decae, y es abandonada (en su uso habitacional), esta vez para siempre, su significación sería la del recuerdo del pasado, para los pastores o caminantes que vivían sobre el vestigio de la sociedad precedente; un recuerdo del pasado glorioso ante las ruinas aún frescas del colapso (Lowenthal, 1998b). Sin embargo, sería con la conquista española que se produciría una resignificación total por medio de la superposición de cosmovisiones y cambio en las percepciones del manejo territorial. Los nuevos ocupantes de esta zona serían tanto terratenientes europeos, como esclavos negros, y quizás indios reubicados. Ellos ocuparían el territorio circundante para el trabajo agrícola y pecuario en las haciendas, que se fortalecerían, luego de las encomiendas primigenias, hasta convertirse en sociedades agrarias durante el periodo de composición de tierras decimonónico. El periodo colonial, luego de estabilizarse no significó mayor cambio en las relaciones inmateriales con el sitio, salvo el distanciamiento en el tiempo que el paso de los siglos le daba al lugar, y con ello, el aumento de la nebulosa interrogante sobre el pasado de la ruinosa ciudad.

Desde fines del XIX y durante el siglo XX, el lugar es descubierto por el turismo de aventura de entonces, y es visitado por viajeros y expedicionarios nacionales y extranjeros. Son llamativos sus múltiples agujeros en los patios, y sus largas calles desoladas. Algunos de estos viajeros dejan inscripciones en los muros como recuerdo de sus visitas, fechadas en los primeros años del siglo XX. De esta manera, se crea una nueva memoria del sitio, una nueva resignificación “turística”

(Ramón, 2014). En este periodo, siempre fue visto con misterio, pues para entonces ya era imposible que la población local de las haciendas tenga memoria sobre su historia real. La memoria había tenido que ser fabricada (Lowenthal, 1998a).

La ciudad de Cajamarquilla fue vista así, hasta el cambio del patrón de ocupación, de agrario a urbano, acaecido recién en la segunda década del siglo XX, como una gran pampa, parte indisoluble del paisaje, y como tal, un hito en el territorio, especialmente para los arrieros que explotaban el hielo. Cajamarquilla se habría convertido en un paraje, una señal. Luego de la extinción de las haciendas, y las sucesivas parcelaciones agrícolas, se da un cambio importante en la significación del sitio: los terratenientes rompen las relaciones de dominio con el territorio a partir de la Reforma Agraria de 1969, al mismo tiempo que los antiguos siervos se convertían en dueños, adquiriendo nuevas resignificaciones con su territorio agrario. Cajamarquilla estuvo siempre como telón de fondo a estos procesos sociales que se sucedían a sus pies.

Pero quizás sea con las décadas subsiguientes a la Reforma Agraria, que la ciudad precolombina llega a tener más resignificaciones simultáneas que durante toda su existencia anterior. La llegada del tejido urbano hizo que el territorio sea rehecho de nuevo por completo. Surge así una gran reconstrucción social del territorio (Hayden, 1997). Debido a la construcción de los barrios informales contemporáneos, y a la reocupación territorial que esto supuso, en Cajamarquilla, desde 1990 debió ocurrir un lento proceso de resignificación, que aún no termina, pero esta vez se trató de una resignificación de carácter urbano. El territorio deja de ser rural, para recuperar las condiciones urbanas que había perdido al colapsar la ciudad. La urbanización de los alrededores de Cajamarquilla, podrían entonces significar, lejos de una invasión peyorativa, una reocupación más dentro de su historia, que le devuelve la memoria urbana a la ciudad, y se levanta como las proyecciones contemporáneas de una ciudad centenaria en ruinas.



Figura 10. Dinámicas producto de resignificaciones contemporáneas en los bordes de la ruinoso ciudad de Cajamarquilla.
Fuente: Fotos y elaboración propia

De esta manera, las poblaciones contemporáneas reocupantes del territorio, logran agregar una nueva

capa de memoria urbana, cargada de esfuerzos y quizás penurias por conseguir un pedazo de suelo donde asentarse (Skar, 1994). La ciudad precolombina se vuelve la “huaca” del barrio, pero de dimensiones inmanejables, quedando aún en el imaginario colectivo como aquella pampa libre, en la cual se desarrollan nuevas actividades barriales. En general, la vida regresa a una ciudad muerta en ruinas, aunque sea solamente a sus bordes. Este proceso aún no termina, pues la misma trama urbana contemporánea aún no ha terminado de sitiar los límites virtuales del complejo. Por un lado existen todavía campos de cultivo, mientras que por los otros frentes existe un incompleto tejido de calles y manzanas, que amenazan con expandirse dentro de los ilegibles linderos. Este panorama, parece así, presentar todavía expectativas para nuevas resignificaciones en la medida en que se siga ocupando el territorio con barrios informales y se sigan consolidando los ya existentes.



Figura 10. Inscripciones antiguas como nuevas memorias sobre los abandonados muros. Fuente: Fotos propias

3.3 Propuestas de intervención

Cajamarquilla es un sitio que, por su naturaleza, amerita una intervención que vaya más allá de la típica propuesta conservacionista que viene teniendo desde su relativa puesta en valor por parte del Estado peruano, aplicada a todo vestigio de manera casi automática e irreflexiva. Las dimensiones del sitio, su valor histórico, así como su significación cultural pasada y contemporánea, determinada principalmente por las poblaciones que hoy la rodean, hacen necesario pensar en un proyecto que involucre el sitio a su dimensión actual de ciudad del siglo XXI. En ese sentido, en nuestra época, caracterizada por un afán constructivo en Lima, que propicia la consolidación urbana; el acercamiento de los asentamientos informales a los vestigios arqueológicos de Cajamarquilla, necesita estar más definido y fortalecido que nunca, pues de este lazo dependerá, en definitiva, la futura conservación del sitio, entendida en términos de su propia existencia, pues es necesario advertir que su integridad se ve comprometida ante el descontrolado crecimiento urbano, que amenaza no solo con sitiar y estrangular el conjunto, sino a desaparecerlo en gran medida, de producirse una resignificación sustractiva en su reocupación, ocasionando una pérdida irremplazable.

La propuesta entonces, debe partir de las amenazas que presenta el sitio, pero advirtiendo sus oportunidades, para contextualizarlas en una

intervención que genere beneficios tanto al sitio arqueológico, como a la comunidad de humanos que la rodean, y en ese proceso, a los académicos que consideren su valor histórico como fuente de información, y finalmente a la ciudad y sus habitantes en general, pues la recuperación de un sitio de grandes dimensiones como Cajamarquilla y su incorporación a las dinámicas de la ciudad actual, solucionaría el conflicto en que parecen haberse involucrado ambos mundos. Sin embargo, la manera como se tejen estos lazos de interacción a nivel urbano, tampoco debe orientarse a la propuesta conservadora de aislamiento y contención, separando el mundo moderno del antiguo y condenando a este último a la muerte eterna. Colocar un muro o segregarse por otros medios esta interrelación solo agravaría el conflicto, aislando a las ruinas precolombinas de las dinámicas contemporáneas, dejando a la población totalmente ajena a su paisaje.

Si partimos de la premisa esbozada anteriormente, de que la trama actual que ha surgido alrededor del sitio es una proyección contemporánea que devuelve a la vida urbana una ciudad muerta, vale como intervención urbana extender y hacer integral esas proyecciones a su centro originario: la trama urbana de las ruinas. En ese sentido, urbanísticamente, la intervención deberá buscar integrar los vestigios de las ruinas a la trama contemporánea, y con ello, a las dinámicas cotidianas de su población. De esta manera, en lugar de aislar el sitio, lo acercamos a la población, para propiciar así la fabricación de nuevas y más significativas memorias (Lowenthal, 1998a, pp. 5-24). Para que esto suceda, es necesario explicar la propuesta en sus tres escalas: el entorno urbano, el borde y el sitio arqueológico en sí.

El cuanto al entorno urbano, a partir de la integración de las ruinas a la ciudad contemporánea, resulta fundamental establecer conexiones, traducidas en recorridos peatonales que atraviesen el espacio arqueológico. Para ello, se propone la instalación de pasarelas elevadas, hechas en madera, que sirvan de recorrido por entre el paisaje arqueológico, y que formen parte de la dinámica cotidiana de la población usuaria. Para ello, deberán conectar los bordes de la ciudad entre sí, y atravesar el sitio. Esta intervención supone un involucramiento de la población local en la puesta en valor de Cajamarquilla.

Dadas sus dimensiones, se deberá trabajar primero identificando los recorridos de mayor impacto, y que resulten más funcionales.

Con respecto al tratamiento de los bordes, se han identificado tres tipos de relación y dinámicas distintas: la residencial, la industrial y la agrícola. Para cada una, deberá proponerse una solución distinta, pero entre todas guardarán la idea de que el borde debe ser diseñado como un gran anillo de espacio público, con actividades tanto activas como pasivas, y de uso básicamente barrial. Estas actividades deben conformar

la zona de amortiguamiento necesaria para una adecuada aproximación paulatina entre los vestigios arqueológicos y la ciudad contemporánea, pero sin la consigna conservadora del amortiguamiento sin uso. Asimismo, la intervención en los bordes debe suponer una regeneración urbana de los predios colindantes, de modo que se generen actividades comerciales y de recreación que dinamicen el uso del espacio. Esto debe venir por tanto, acompañado de un plan de gestión y captación de plusvalías urbanas, que será necesario para financiar la puesta en valor y retroalimentar las intervenciones. De esta forma se pueden sustentar económicamente. En ese sentido, las actividades que se realicen pueden también ser productivas en los bordes no urbanos. Se propone por ello plantas de tratamiento de residuos sólidos y de tratamiento de aguas residuales para mitigar los efectos que la contaminación viene realizando hasta ahora.

Finalmente, la intervención del sitio mismo, deberá tomar en cuenta tanto la propuesta urbana, de convertir el complejo en una conexión con la ciudad contemporánea, como los principios de preservación para el patrimonio cultural edificado, especificados en las cartas internacionales (Petzet, 2004, pp. 7-29). Dadas las extensas dimensiones del sitio, se plantea en líneas generales, reutilizarlo. Propiciar una reocupación planificada y controlada de las dinámicas de la ciudad contemporánea en la ciudad arqueológica. Esto surge a partir del uso como principio para la preservación de los monumentos. Sin embargo, al tratarse de un sitio arqueológico, su conversión en monumento histórico deberá pasar por arduos trabajos de investigación y registro. Con esto, se busca refuncionalizarlo en puntos estratégicos, que deberán responder tanto a los patrones urbanísticos de la ciudad arqueológica, como a los de la ciudad contemporánea. Para ello, se deberá identificar pequeños conjuntos residenciales restaurables en la ciudad arqueológica. Una vez identificados, serán conservados, restaurados, y adecuados al nuevo uso, que se conectará con la dinámica contemporánea de la ciudad actual. Estos usos deberán estar relacionados con el campo de la investigación arqueológica del sitio mismo, de la cultura popular contemporánea del sitio, así como a actividades transversales activadoras del espacio público, como cafeterías y comercios artesanales locales. Esta adecuación a nuevos usos, requerirá por lo tanto la instalación de servicios, que deberá ser cuidadosamente realizada a fin de garantizar la preservación del lugar. Por último, toda la infraestructura contemporánea deberá respetar el principio de la reversibilidad, y afectar lo menos posible la originalidad del sitio.

De esta manera, se logra establecer un patrón de intervención para toda la ciudad arqueológica: se requerirá conservación preventiva para todo el sitio, restauración de determinados sectores representativos de los barrios conformantes de la antigua ciudad, y

finalmente renovación de determinados espacios, para su refuncionalización en la dinámica contemporánea de la ciudad. Estos núcleos renovados, deberán enlazarse

entre sí con los recorridos propuestos mediante la tipología de pasarela elevada, y en conjunto, articular la ciudad que encierra todo el sitio.

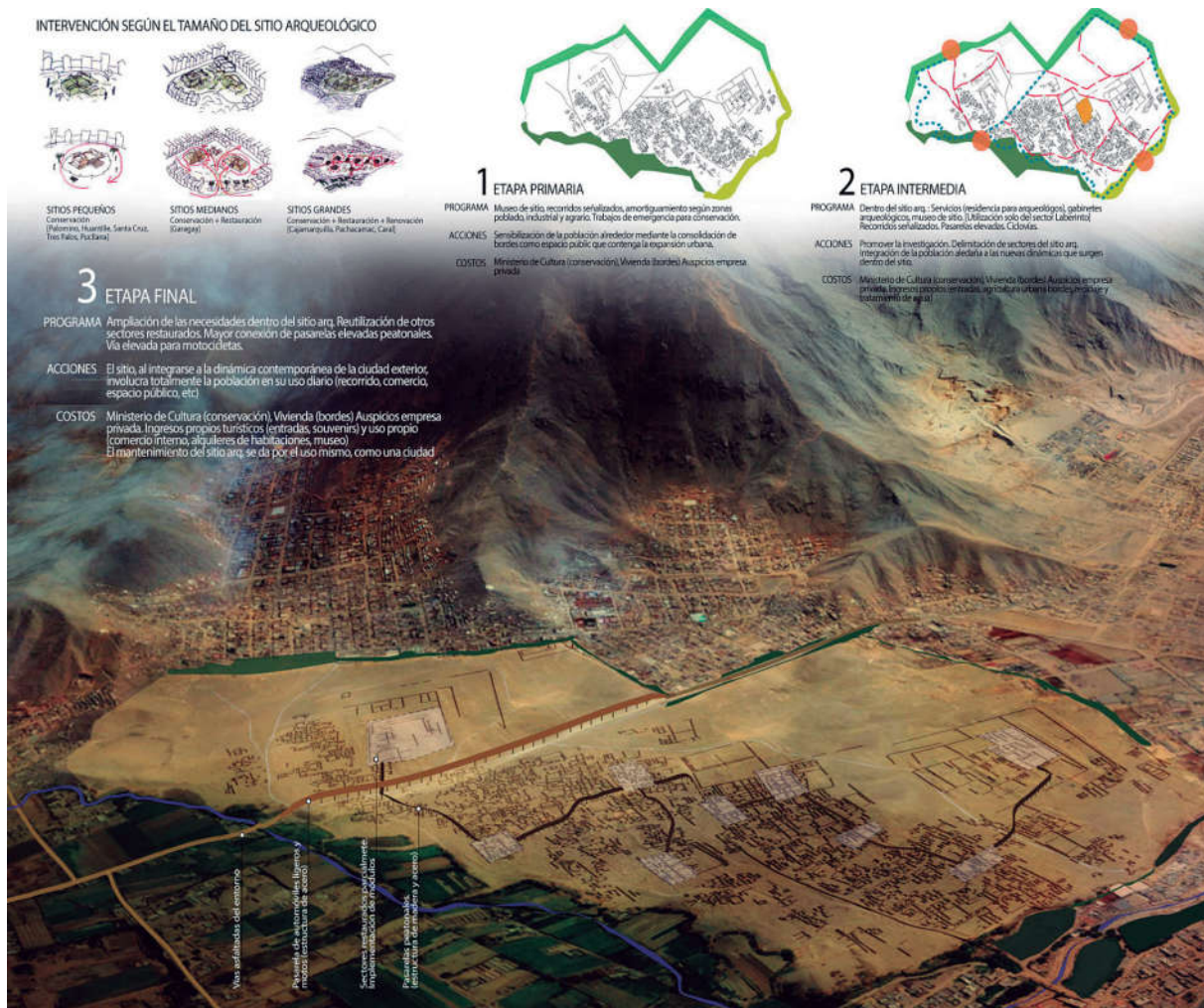


Figura 12. Master Plan de la propuesta integral. Conceptualización y diseño: Daniel Flores. Diagramación: Gonzalo Macalopu

Para la consecución de una intervención de este tipo, dado su costo de ejecución y de mantenimiento, será necesario un trabajo por etapas: una primera etapa contemplaría un programa exclusivamente de carácter cultural arqueológico, consistente en el museo de sitio y los senderos, que solamente serán señalizados, no elevados. La idea deberá ser establecer un régimen de uso del sitio, y una consolidación de su memoria contemporánea en las dinámicas cotidianas de la población. Para ello, será necesario un programa paralelo de sensibilización de los pobladores locales, mediante una prioritaria intervención en los bordes como espacios públicos que limiten el avance de la trama urbana y doten de usos activadores la zona de amortiguamiento. Para esta primera etapa, se debería contar con fondos públicos del Ministerio de Cultura, en las labores de conservación y puesta en valor; del sector

Vivienda y la Municipalidad, en el saneamiento de los barrios aledaños y la construcción del malecón de borde; y auspicios de la empresa privada en las labores de investigación arqueológica y arquitectónica.

Una segunda etapa deberá considerar ya los lineamientos más importantes de la propuesta en cuanto al uso contemporáneo del sitio. El programa se ampliaría y consideraría los servicios que la habitación de las ruinas, por parte de los investigadores, requiere. En ese sentido, se comenzaría por la renovación y adecuación a nuevo uso del sector denominado como "Laberinto", por ser el único ya restaurado.

En el resto de la ciudad arqueológica se comenzarían a intervenir en la restauración de otros sectores puntuales. Paralelamente, se deberá comenzar con la implementación de algunas de las pasarelas elevadas más importantes para la conexión

con las dinámicas cotidianas del barrio contemporáneo. En ese sentido, esta etapa se caracterizaría por ser el inicio de una verdadera integración entre la ciudad arqueológica y la ciudad contemporánea. Los pobladores podrán así involucrarse en las labores de conservación que se lleven a cabo y en las dinámicas económicas que ello genere. Respecto de los costos, acá entraría a tallar los ingresos propios, fruto de la recuperación de plusvalías urbanas producto de la intervención en el espacio público.

Finalmente, una tercera y última etapa significaría la extensión de las dinámicas generadas al resto del sitio. Se plantea repetir la experiencia propuesta para el “Laberinto”, en otros núcleos que se restauren. De este modo, aumentaría el uso, y con ello, el financiamiento. En este punto, se debe completar la red de pasarelas y terminar por integrar completamente la ciudad arqueológica con la contemporánea, y con ello, dinamizar las actividades en todo el espacio. Se crearía con ello, la experiencia integral del recorrido y uso del espacio histórico, de manera cotidiana. Mientras las personas se desenvuelven normalmente en el espacio, se involucran con el pasado, observando las ruinas conservadas adecuadamente, sin caer en los peligros de convertir el pasado en un parque temático (Lowenthal, 2002, pp. 11-23), y respetando a la vez, los principios de la preservación (Petzet, 2004, pp. 7-29).

4. CONCLUSIONES

Tratar acerca de la manera de aproximación que los peruanos han tenido a lo largo del tiempo con las preexistencias culturales del territorio limeño, nos lleva a comprender dos procesos fundamentales: reocupación y resignificación. En todas las épocas y lugares, los vestigios del pasado han sido reocupados por nuevos habitantes de diferentes sociedades, introduciendo a través de sus dinámicas propias, nuevos recuerdos y nuevas memorias, resignificando sus preexistencias.

En Cajamarquilla, una ciudad que desde tiempos precolombinos ha sido reocupada y resignificada, hay una posibilidad de validar los aportes de ocupación y de significado que la ciudad contemporánea procura dejar. En ese sentido, las invasiones contemporáneas, asentadas en los bordes del sitio, representan un peligro inminente para la preservación de los vestigios, siempre que sus pobladores no resignifiquen de manera positiva sus memorias en el contexto de la preexistencia. Sin embargo, representan al mismo tiempo un enorme potencial para su propia conservación, si los habitantes logran una reocupación simbólica del lugar, si se apropian de su memoria, y lo convierte en patrimonio.

Para que esta apropiación se dé, la intervención física del monumento será una necesidad, pero si esta intervención se limita a la mera conservación patrimonialista, y aleja a los pobladores locales,

volvemos al punto de la resignificación negativa. Una adecuada intervención será aquella que integre el sitio a las dinámicas contemporáneas de la ciudad, pues garantizará su preservación a través del uso cotidiano y de la apropiación simbólica por parte de sus usuarios.

Por esa razón, esta propuesta busca incorporar la dimensión de la adecuación a nuevos usos en los monumentos arqueológicos, a la intervención de preservación patrimonial. De esta manera, se propone una serie de intervenciones puntuales que propician la recuperación material e inmaterial del sitio, para su adecuada inserción en la dinámica contemporánea de la ciudad.

En la medida en que las intervenciones en el patrimonio histórico, y con mayor énfasis, el arqueológico, dejen de ser puramente conservadoras y museificantes, e involucren el uso contemporáneo como herramienta de recuperación y puesta en valor, se conseguirá una mejor integración con la comunidad, que es finalmente la heredera más cercana de este patrimonio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- [1] Caldas, P. (2012). *Pintoresquismo limeño en Santa Beatriz. La utopía de transplantar los estilos del “viejo mundo” a la vivienda limeña 1920-1930*. Lima: INIFUAU.
- [2] Caniggia, G., & Maffei, G. L. (1979/1995). *Tipología de la edificación: estructura del espacio antrópico*. Celeste Ediciones.
- [3] Canziani, J. (2009). *Ciudad y Territorio en los Andes. Contribuciones a la historia del urbanismo prehispánico*. Lima: Fondo editorial PUCP.
- [4] De Gracia, F. (1992). *Construir en lo construido: la arquitectura como modificación*. Editorial Nerea.
- [5] Günther, J. y Mitrani, H. (2013). *Memorias de Lima. De haciendas a pueblos y distritos. Los orígenes de la ciudad*. Lima: Los Portales.
- [6] Hayden, D. (1997). *The power of place: Urban landscapes as public history*. MIT press.
- [7] Lowenthal, D. (1998a). *Fabricating heritage. History and memory*, 10(1), 5-24.
- [8] Lowenthal, D. (1998b). *El pasado es un país extraño* (Vol. 194). Ediciones AKAL.
- [9] Lowenthal, D. (2002). *The past as a theme park*. Dumbarton Oaks Publications.
- [10] Mogrovejo, J. y Segura, R. (2000). El Horizonte Medio en el conjunto arquitectónico Julio C. Tello de Cajamarquilla. *Boletín de Arqueología PUCP*, 1(4), 565-582.
- [11] Petzet, M. (2004). Principles of Conservation: An introduction to the International Charters for Conservation and Restoration 40 years after the Venice Charter. *International Charters for Conservation and Restoration. Monuments & Sites*. Munich: ICOMOS, pp. 7-29.
- [12] Ramón, G. (2014). *El Neoperuano: arqueología, estilo nacional y paisaje urbano en Lima, 1910-1940*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima/ Sequilao
- [13] Segura, R. (2001). *Rito y economía en Cajamarquilla*. Lima: Fondo editorial PUCP
- [14] Skar, S. L. (1994). *Lives Together- Worlds Apart: Quechua colonization in jungle and city*. Oslo: Scandinavian University Press